

OREO DE COYS

(Extraído y adaptado del artículo del mismo título, autor Alejandro Anca Alamillo, RGM MAR 2018, PP. 239-245).

A muchos les resultara extraño que dediquemos este artículo a lo que no deja de ser una simple hamaca. Los más jóvenes la asociarán con una idílica estampa tropical, en la que aparece colgada de dos palmeras que muchas agencias utilizan para «vendernos» unas vacaciones. Pero para los marineros de la Armada del S. XVIII representaba mucho más que un lugar donde poder descansar, pues era en realidad el único espacio íntimo del que disponían a bordo, ya que ni siquiera cuando debían ir al retrete, podían «disfrutar» de una mínima privacidad. Con anterioridad a esta hamaca, los marineros dormían en cubierta sobre una simple esterilla.

Pero ¿qué es un coy? Coy era la «típica hamaca de lona con bolinas de piola (cuerdas) para colgarla en el sollado o batería, en donde dormía la marinería. Cama reglamentaria en la Armada para marineros, fogoneros, cabos y todo aquel personal que no se alojaba en camareta o camarote.

Y orear ya sabemos que es airear una cosa para refrescarla, secarla, desenmohecerla o quitarle el olor.

El origen del coy es muy antiguo y se acepta su procedencia de las poblaciones autóctonas de Norteamérica. En la Armada se componía de paño de lona, se ubicaba entre cubiertas y se colgaba de los baos por medio de ganchos en sentido longitudinal del buque. Un bao era un gran madero puesto de trecho en trecho de un costado a otro del buque, y que sirve de consolidación de los costados y para sostener las cubiertas. A veces se colocaban superpuestos para acoger a la inmensa mayoría de la dotación, y en muchas ocasiones aquel espacio había que compartirlo con las piezas de artillería o con los animales que se llevaban a bordo para consumo.

Tres ventajas tenía la utilización del coy: su rápido montaje y desmontaje; la capacidad para conservar su centro de gravedad en la disposición que hemos comentado, pese al balanceo del buque, y la protección que ofrecía de las mordeduras de los roedores. Además, las batayolas donde se recogían podían convertirse durante el combate en improvisado «escudo» contra los proyectiles de armas cortas y de las astillas despedidas tras un balazo. Una batayola es una barandilla fija o levadiza hecha de madera que corre por las bordas de los buques.

El coy también servía de salvavidas, pues en caso de naufragio un coy bien sujeto podía aguantar a flote varias horas. No hay que desdeñar ni olvidar su empleo como pallete de colisión, para tapar vías de agua. El coy era tan inherente al marinero que podía servirle incluso de mortaja, como llegó a especificar en las ordenanzas.

A fines del XVIII se estableció ejecutar a diario el conocido como «zafarrancho de limpieza», en el que, aparte del fregado de los alojamientos y el baldeo de la cubierta, se hacía ventilación general del barco, lo que llevo, ya entrado el siglo XIX, a efectuar con periodicidad el «oreo de coys». Una Ley Orgánica 1821, estableció, entre otras, que «toda embarcación deberá tener el numero duplicado de cois de lona respecto a la tripulación, para usar uno mientras se lava y seca el otro»

Después del toque de diana se tocaba el «zafarrancho de coys» (o «zafarrancho de camas»), se descolgaban de sus ganchos y se extendían en la cubierta para proceder a enrollarlos junto con

la colchoneta y la manta. Luego se aferraba todo por medio de un cabo denominado «rebenque». Una vez hecho esto los colocaban verticalmente en la batayola del rancho al que correspondían. Si el buque estaba navegando, el lugar donde se encontraba la batayola, en la cubierta principal, hacia que se ventilaran de manera suficiente; pero si estaban en puerto, era necesario el oreo un día a la semana. Para ello, el marinero subía su coy a cubierta y lo fregaba con cepillo con jabón y arena, mientras aireaba su colchoneta y manta. Una vez limpio, lo ponía a secar en la jarcia prendido de un cabo o en cables tendidos en su superestructura. El aspecto en el que quedaba el buque era un tanto grotesco y podía conducir a confusión, ya que desde la distancia pudiera parecer que estuviera engalanado, por lo que los respectivos códigos de señales no se olvidaron de indicar la maniobra.

Pero llegó el final de este elemento. La incorporación en 1929 de buques con trenes de lavado, hizo que poco a poco se fueran desterrando aquellas singulares estampas, que alguno llegó a comparar a cuando en las casas y en las tiendas se colgaban las hojas de bacalao con el fin de conservarlas más tiempo. En cuanto al coy en sí, la entrada en servicio tras la posguerra de los destructores clase *Audaz*, con literas a bordo, marcó el inicio de su decadencia en la Armada, generalizada cuando se incorporaron a nuestra Marina los buques de procedencia norteamericana.

Solo en los barcos más veteranos de nuestra Marina se siguieron armando, y seguramente los últimos que los tuvieron fueran, por este orden, el crucero pesado *Canarias*, el aljibe A-7 (este hasta 1978), el buque escuela *Galatea* y nuestro celeberrimo *Juan Sebastián de Elcano*.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Radio 5 Todo noticias

Resumen.

Para los marineros de la Armada del S. XVIII el coy representaba mucho más que un lugar donde poder descansar, pues era en realidad el único espacio íntimo del que disponían a bordo, ya que en ningún otro sitio podían «disfrutar» de una mínima privacidad. Anteriormente al coy los marineros dormían en cubierta sobre una simple esterilla.

